LIBRO SEXTO.

Era el tercero dia del ingreso del hijo de Ayauhcíhuatl á la sociedad de los cristianos. Las dos familias y el Misionero dejaban ya á sus espaldas la populosa y antigua ciudad de los Toltecas, cuando apénas enviaba el sol el crepúsculo que le precede. El fresco de las nuevas mañanas, la nueva juventud de los árboles, y el regocijo de las aves recobradas por fin de su tristeza y mortal silencio, recreaban á los caminantes. Todos emprendian la peregrinacion llena el alma de ensueños y esperanzas. Así la infatigable familia de aquellos preciosos insectos que elaboran la miel tomando sus gotas de las violetas y los mirtos, se vé pasar para otra selva y abandonar su casa, que algun leñador acertó á descubrir en la cavidad del roble añejo ó en lo alto de la escarpada

roca. Así tambien en otros tiempos, Noemí la infortunada salia con su nuera la encantadora Ruth y dejaba el país de Moab para buscar, tornando á Efrata su país natal, el amparo de sus deudos; mas la generosa Moabita, futura esposa de Booz, habia jurado no separarse nunca de su prudente suegra á quien amaba como á madre.

Papan enamorada del hijo de Ayauhcíhuatl sentia en el corazon aquellas delicias que gusta el que ama por la primera vez, si saliendo á los valles se descubre á sus ojos el anchuroso cielo; y es entónces cuando los horizontes lejanos y el azulado abismo de la altura, la luz y las fuentes, las brisas y las flores, hablan al alma de una felicidad misteriosa. ¡Hermosas ilusiones que se disipan tan presto como los arreboles de la mañana!

No gozaba Nezahualpílli de tales encantos; pero desvanecidos unos, otros descubria ya en el horizonte espléndido que la nueva religion le hacía distinguir.

Iba, pues, en camino la comitiva: los tamemes (1) abrian la marcha; Tezozomoc, su sobrino y el Misionero la cerraban; las dos madres y las nuevas hermanas caminaban al centro. Anchas y rectas calzadas cuyo término no distinguian los ojos, marcaban el expedito derrotero en la inmensa llanura, al abrigo de sauces, cho-

(1) Hombres de carga.

pos, cedros y ahuehuetes. A un lado se levantan Popocatépetl é Iztaccíhuatl, gloriosas montañas; al contemplarlas quisiera el viajero desviar allá sus pasos: tal es el aspecto de sus galas, de su majestad y grandeza. Papan y Nezáhual no podian desconocer el espectáculo magnífico que las dos moles ofrecen representando un himeneo mudo pero sublime.

Era la hora en que las aldeanas de Anáhuac llevan á los labradores el primer sustento del dia, cuando alcanzó á los viajeros el buen Temile amigo de Tezozomoc; con dos tamemes habia tambien salido de Cholula de vuelta para Tolpetlac su domicilio. Tezozomoc honraba en este distinguido privado del monarca de Tacuba, al antiguo amigo y al padre de la patria; y así separóse del Misionero, rogándole con humilde cortesía lo excusase. El recien llegado, despues de saludar á Valencia y á las familias formó con Tezozomoc su pareja.

Solos ya Nezáhual y Valencia, el primero, que descubria en el semblante de éste desde su vuelta de Tlaxcala, una extraordinaria afliccion, le preguntó sus causas. Valencia correspondió á la cariñosa solicitud.

Eran los tristes sucesos de Michoacan lo que acibaraba su alma. No bien el bárbaro Nuño de Guzman se hubo alejado de aquel país, despues que hizo perecer en el suplicio de la hoguera por un impulso de crueldad é insaciable codicia, al desventurado Tangajoan Sintzicha conocido entre los Mexicanos con el nombre de

Calzontzin, la nacion toda que con tan felices principios recibiera el Evangelio seis años antes, se entregaba hoy á la apostasía, mirando con horror una religion profesada por hombres tan malos como Nuño y otros muchos conquistadores. Desde ese dia las cosas empeoraban, y las últimas nuevas que el Misionero obtuvo en Tlaxcala de boca de Motolinia, eran tristísimas. Los desdichados súbditos de Tangajoan, precipitándose más y más en sus excesos ya no prestaban oidos á la voz de los Misioneros hermanos de Valencia, que ya perdida la esperanza eran vueltos á México. Todo lo ganado se habia perdido.

Nezáhual cuando así oyó que se hablaba de Michoacan, sintió en su alma despertarse generosas aspiraciones, de aquellas que hicieron á Saulo atravesar los mares para llevar nueva luz y desconocidos consuelos á la esclavizada Grecia y al degenerado Lacio; y aquel fuego que trajo el Mesías, capaz de abrasarlo todo, lo sintió en esos momentos el hijo de Ayauhcíhuatl, y en sus palabras y en la emocion de su semblante, dió á conocer lo que pasaba en su corazon. Valencia, empero, no sabía porqué el recien convertido mostraba tan singular inclinacion por la salud de esos antiguos enemigos de Anáhuac; y es que en el corazon de Nezahualpílli se agitaban recuerdos imperecederos de sucesos cuyo teatro fué Michoacan, y hoy la nueva religion inspiraba al creyente provechosas reparaciones que emprender allí donde el mal se hi-

zo. Interrogado, pues, el neófito sobre las causas de su interés por el bien de la extranjera nacion, se vió llevado sin sentirlo á narrarle la historia de su primera juventud; era ella tambien la de sus delitos.

Ya el frugal sustento de los viajeros habia reparado sus fuerzas y el viento de la tarde comenzaba. Papan y Jocóztin que iban delante se volvian á mirar atrás de cuando en cuando, y ellas y los demas de la comitiva se apartaron del Misionero y de su néofito, cuanto creian prudente para que pudiesen hablar á solas.

"La historia de mi juventud y mis delitos, Reverenciado Padre,—decia en tanto Nezahualpílli—tiene grande relacion con la de las desgracias de Anáhuac; y si para mi madre fuí un hijo descarriado, para todos los mios hé sido un criminal que contribuyó á su ruina. Mas ¿quién me hubiera sacado de los barrancos y abismos que tenian sepultado mi corazon há tanto tiempo, si no es la fé del verdadero Dios que nos habeis traido? Si yo fuí causa de la caida de la gran Tenochtitlan México, me consuela, Reverenciado Padre, considerar que al ménos habeis venido tú y tus amigos á enseñarnos la ciencia de la vida futura, y cómo nuestras almas que yacian en tinieblas han visto ya la nueva luz y adoran al Dios Criador conforme se nos ha revelado por el Señor Hijo."

"Yo fuí nombrado con Tezozomoc mi tio y otros nobles de Texcoco, para servir de *nahuatlato* (1) en la embajada que el gran Cuitlahuac sucesor de Moteuczoma, dipuso fuese al reino enemigo de Michoacan en solicitud de su alianza contra Malíntzin, expulsado ya con todos los blancos y Tlaxcaltecas la noche terrible en que perecieron tantos hijos é hijas de reyes y señores. Como hijo de Ayauhcihuátzin muy querida entre los suyos, y como versado en la lengua y costumbres de aquella nacion, fuí reputado digno de poner el hombro á esa carga. Yo la acepté gustoso, porque ardia en mis venas el fuego del amor á la patria, porque aborrecia, te lo confieso, á los guerreros tus compatriotas y amaba mucho al nuevo rey y caudillo de los Aztecas. Por otra parte, yo habia contraido amistad con algunos Michoacanos que durante mucho tiempo moraron en Texcoco, y mi voluntad era mucha en pró de esa nacion, por ser los de ahí como habrás oido, muy cultos, vivos y de corazon suave."

"Todavía estaban frescos los recuerdos de la noche terrible, aun se veian teñidos los lábios de Huitzilopóchtli, con la sangre de los corazones de los extranjeros recientemente sacrificados, cuando los embajadores y el *nahuatlato* que lo era yo, como dije, salimos de la presencia del rey Cuitlahuac, é íbamos como prendas de la última esperanza suya y de todo Anáhuac. Todos confiaban en el buen éxito de la guerra contra los invasores,

(1) Intérprete (El que habla el nahuatl ó mexicano.)

una vez conseguida que fuese la poderosa alianza del vecino reino; y yo llevaba apretados en mis manos y guardados como oro en paño, los consejos de mi madre Ayauhcíhuatl, quien, como se confesaba en las córtes de Texcoco y Tenochtitlan, habia heredado con el rey Nezahualpílli el gran genio de su padre y mi abuelo Nezahualcoyotl. Pero ¡qué pueden el amor y el respeto de nuestra madre y de nuestra nacion contra el torrente de las pasiones que se desbordan por primera vez, bien así como las aguas del gran lago en la estacion de las lluvias!"

"Atravesado el país de los Matlalzincas subyugados por el valiente Axayacatl, llegamos á Tlaximalóyan, (1) raya del reino enemigo y celebrada entre los mismos blancos por sus fuertes murallas de encino, que jamás lograron abatir los esfuerzos de los aztecas. El *tlatoani* (2) que la gobernaba nos recibió con afectuosas muestras de cortesía: se pusieron ramilletes en nuestras manos y se nos presentaron delicados manjares. El y los que acudieron á saludarnos mostraban tambien el profundo sentimiento que en todos causó la nueva de las matanzas de Cholula y la de los grandes de Tenochtitlan, en aquel dia infausto en que los nuestros celebraban la incensacion de Huitzilopóchtli. Esto nos hizo concebir grandes esperanzas

(1) Tajimaroa.
(2) Señor, Gobernador.

de que los michoacanos, olvidando inveterados odios, harian con nosotros causa comun contra el comun peligro."

"Llegados á la Ciudad fundada por los Matlaltzincas (1) con el nombre del rey Characu ó Tariácuri, que les asignó tierras para poblar en medio de su reino en recompensa de servicios prestados contra nosotros, allí encontramos más favorables los ánimos, y así, á medida que nos acercábamos á la gran corte de Huitzitzila ó Tzintzúntzan, como le llaman los de Michoacan en su lengua, el entusiasmo por la alianza con la antigua rival se hacía mas notable."

"Mas, cuán poco iba yo poseido de los graves negocios é intereses de todos los mios; mi corazon entero estaba dado á esos frenéticos delirios que se apoderan de nosotros en la edad de las pasiones. Y así como el jóven ciervo que salido por primera vez del regazo de su tímida madre, se goza en los amenos sitios á donde se descarrió, ni teme el inexperto las fieras ni los cazadores; así yo entregábame á los ensueños de acalorada fantasía á la vista de las colinas, los valles y los bosques del reino de Tangajoan, afortunada tierra en donde el ambiente es benigno y templado, y están los rios sombreados de olmos y sauces siempre verdes, y el azul

(1) Charo.

de su cielo es puro y esplendente como el de zafiros de mucho precio. Así es como me preparaba á extravíos que luego debian precipitarme en los mas hondos barrancos. Todavía en mi mente se reproduce el aspecto delicioso de Guayangaréo: (1) allí corren dos rios caudalosos, como para cercar el recinto de una ciudad que bien podria levantarse en ese valle: dos altas montañas coronadas de abetos y que los del país llaman Qincéo y Tacícuaro, parece que se complacen en reinar y prestar su sombra sobre esa fértil vega."

"Entramos, pues, á la gran ciudad de Caltzontzin. Los nobles acudieron á recibirnos en numeroso concurso, con solemne pompa, y se mostraban enternecidos por nuestros infortunios, asegurándonos que el ánimo de Tangajoan Sintzicha sería muy favorable á nuestra demanda. Fuimos conducidos á la gran sala del *técpan*, donde Huitziltzi nos acogió con magníficas demostraciones en representacion del rey su hermano, ausente por entónces en la gran fiesta que anualmente se hacía en Tzacapu, á donde iba el á ofrecer sus dones al Dios Curicahuéri por medio del sumo sacerdote que allí residia. Así fué que durante algunos dias, permanecimos en la corte esperando la vuelta del Monarca."

"Entretanto tuvieron principio aquellos extravíos que no recuerdo sin pesar."

(1) Morelia.

"En el mismo *huei-técpan* (gran palacio) de Tangajoan donde nos alojó su hermano Huitziltzi, moraba la infortunada Juriata, princesa de gran hermosura. Su padre fué uno de los cuatro hermanos de Tangajoan sacrificados por este mismo á su ambicion de gobernar sin rivales; su madre era Tzutzúqui, que lo era tambien del jóven Ecuangári, hermano de Juriata. La viuda con sus dos huérfanos habitó algun tiempo en Texcoco donde se refugió léjos del fraticida; y allí, la casa de ellos y la de mi madre habian sido como una misma, y Juriata y Ecuangári como mis hermanos. Así fué que en Tzintzúntzan, apénas me reconocieron, volaron á estrecharme en sus brazos con sorpresa de los circunstantes. Mas yo que hasta ese dia no viera en Juriata síno una hermana cariñosa de mis primeros años, al descubrir el extraordinario afecto con que, reconociéndome, se arrojó á mis brazos, se conmovieron mis entrañas y la sangre parecia hervir en mi pecho."

"Te hé dicho, Reverenciado Padre, que Juriata y sus deudos moraron algun tiempo en Acolhuacan. Así fué: desde el año del noveno conejo (1) hasta el de la primera caña, (2) que hacen seis, permanecieron en las tierras de Anáhuac, y al fin de ese tiempo volvieron á Michoacan llamados por Tangajoan, sabido que hubo

(1) El año del signo "conejo," correspondiente al de 1514.
(2) El del signo "caña," 1519.

los funestos sucesos de Cholula y arrepentido, como estaba, de sus fraticidios."

"La jóven Juriata con su madre y su hermano y demas deudos, cuando vinieron á Anáhuac, moraron primero en Tenochtitlan-México; mas luego atraidos por la fama de la muy culta Texcoco, que llegó á todas las naciones, vinieron finalmente á establecer su asiento en la noble ciudad. Bien pronto fueron acogidos por los mios con esa amistad y confianza como de padres y hermanos. Juriata y Ecuangári amaban á mi madre como á la suya, y á Jocótzin y á mí como á sus hermanos, y estaban con nosotros á todas horas. Juntos discurriamos por los bosques y jardines de Texcotzinco, juntos bogábamos con nuestras *chinampas* (1) en medio del gran lago, en los meses en que florece la hermosa planta del *Páchtli* (2) y el ave *Quechólli* (3) aparece en esas aguas.

Pero lo que vino á estrechar el corazon de los dos príncipes, hijos de Tzutzúqui, con el nuestro, fué la religion de mi madre Ayauhcíhuatl, quien pareció heredar la sabiduría y elevado espíritu de su padre Nezahualcoyótzin. Las doctrinas y consejos de mi madre no eran solo para mí sino igualmente para ellos, y así nuestros

(1) Huertos flotantes.
(2) Una planta parásita que florece en Noviembre.
(3) Una ave que en el mismo mes aparece en el lago.

floridos soles pasaban llenos de encanto. Mi madre nos enseñaba á adorar al Dios *Criador y desconocido, único, invisible y no palpable*, y nos descubria las maravillas del cielo y de la tierra, el reglado curso de los astros y la majestad de las grandes aguas. Enseñábanos tambien la ciencia misteriosa de las flores y de los animales, las costumbres de las aves, sus inclinaciones y sus viajes. Juntos aprendimos aquellos himnos con que el rey ensalzaba al *Dios Criador* ó lamentaba los infortunios de la vida, y escuchamos tambien aquel consejo de aborrecer á Huitzilopóchtli y sus sacrificios, y de ser misericordiosos con los desgraciados."

"Esta doctrina, herencia especial de nuestro linaje y desconocida del vulgo, la comprendia Juriata sin duda más bien que nosotros y la escuchaba con vivo interés, pues tenia un corazon tan impetuoso como tierno y un espíritu inteligente y elevado. Cuando mi madre nos enseñaba que solo al Dios criador debiamos adorar en el secreto de nuestro corazon, y que por prudencia debiamos respetar delante del pueblo á Huitzilopóchtli y sus sangrientas ofrendas,—"¡jamás—decia ella con noble energía—contemporizaré con esos bárbaros (1) othomites: yo he de adorar en secreto y en público á solo el *Dios desconocido* que adoró Nezahualcoyótzin! ¿Y

(1) Entre las naciones cultas de Anáhuac, "othomite" era antonomasia de bárbaro.

qué,—añadia con vehemencia—no dicen ellos mismos que sus padres los Toltecas enseñaban no haber sino un solo Dios y, decian ellos, lo era Quetzalcóhuatl, y que no queria este se le sacrificasen sino serpientes y mariposas?"

"La Michoacana guardaba tambien la memoria de aquellas horas en que departiamos enseñando uno al otro el idioma de su país. Ella de ninguno como de mí gustaba tanto recibir el conocimiento de la lengua *nahuatl*, (1) y á su vez se complacia en enseñarme la suya y las costumbres de aquel reino, con una gracia y sabiduría que maravillaba á nuestros mismos ancianos."

"Esto habia pasado entre nosotros cuando volví á ver en el *gran técpan* de Huitzitzila á la hermana de Ecuangári; y el recuerdo de tan hermosos soles que parecia ella conservar muy guardado en su corazon, la dispusieron tal vez á inflamarse en ese amor impetuoso que fué el orígen de su desventura y de la mia. ¡O Dios invisible, cuán criminal hé sido en precipitar en tal desgracia á la inocente, cuando pude haberla desviado de la funesta senda! ¡O generosa hermana de Ecuangári, mi buen amigo, cómo pude dar oidos á tu debilidad para perderte! ¡Fuérame dado que al ménos el hermano y la madre de esa malograda mujer, viesen el arrepentimiento de Nezáhual y adorasen como él al verdadero Dios, que murió en el patíbulo por nosotros."

(1) Así llamaban los mexicanos á su idioma.

"Apénas, pues, nos volvimos á ver con la hermana de Ecuangári en el *gran técpan* de Huitzitzila, sus ojos parecian radiar fuego y el rubor cubria sus mejillas, no cesando solícita de buscar la ocasion de estar con nosotros y servirnos. Mas en los momentos que estuvimos solos,

"Hijo de Ayauhcíhuatl,—me dijo—eres el traslado y "la imágen de tu madre. Desde que aquí volvimos, mi "hermano y yo vagando por los jardines que nos recuer- "dan los de Texcoco, no hablamos más que de Ayauh- "cíhuatl y sus hijos. ¡Oh! aquí no se conoce al Dios "Criador, ni se nos enseña la ciencia hermosa de las flo- "res y de los animales, ni aquellos cantares tan dulces "del gran rey, que tu madre nos hacía repetir."

"Dos ó tres dias despues, tambien á solas, me dijo en lengua *nahuatl* como la vez primera:

"Nezahualpílli, tengo muchas cosas que departir con- "tigo. Aquí en el *técpan* nos observan; pero se vá á pre- "sentar una ocasion favorable: yo sé muy bien que maña- "na los grandes con los embajadores de Tenochtitlan-Mé- "xico, irán á encontrar al Monarca de vuelta de las fies- "tas de Tzacápu; tú irás por lo mismo, y yo iré tambien "con mi madre y Ecuangári. Ecuangári te ha de rogar "delante de todos cuando entremos al lago, que pases á